



**“CONSIDERAR CÓMO LA DIVINIDAD
SE ESCONDE”
TERCERA SEMANA**

Toni Català, sj. - Javier Melloni, sj. - Darío Mollà, sj.
(Jornadas Alaquàs, 2001)

1. *Jesús padeciendo en la humanidad.*
Cristología fundamental.
Toni Català
2. *La Última Cena [EE 190-198].*
Javier Melloni
3. *La tercera semana de Ejercicios.*
Darío Mollà
4. *El silencio del Sábado Santo.*
Silencio de Dios transformado en “Soledad Sonora”.
Javier Melloni

JESÚS PADECIENDO EN LA HUMANIDAD

CRISTOLOGÍA FUNDAMENTAL

Toni Català, sj.

“El dolor es sacralidad salvaje. ¿Por qué sacralidad? Porque forzando al individuo a la prueba de la trascendencia lo proyecta fuera de sí mismo, le revela recursos en su interior cuya propia existencia ignoraba. Y salvaje, porque lo hace quebrando su identidad. No le deja elección, es la prueba de fuego donde el riesgo de quemadura es grande. Es propio del hombre que el sufrimiento sea para él una desgracia donde se pierde por entero, donde desaparece su dignidad, o, por el contrario, que sea una oportunidad en que se revele en él otra dimensión: la del hombre sufriente, o que ha sufrido, pero que observa el mundo con claridad. O el hombre se abandona a las fieras del dolor, o intenta dominarlas. Si lo consigue, sale de la prueba siendo otro, nace a su existencia con mayor plenitud. Pero el dolor no es un continente en donde sea posible instalarse, tal metamorfosis exige alivio”ⁱ.

*“Bendice alma mía al Señor y no olvides sus amores
el perdona todas tus culpas
y cura todas tus enfermedades
el rescata tu vida de la fosa
y te colma de gracia y de ternura” (Sal 102).*

Introducción:

La tercera semana en nuestro contexto cultural y teológico

Cuando después de haber pedido “conocimiento interno del Señor que por mí se ha hecho hombre para más amarle y seguirle” [104] nos adentramos en la tercera semana, conviene reflexionar sobre posibles bloqueos ante ella de orden cultural y teológico. Los ejercicios nunca los hacemos en abstracto sino que siempre los hacemos en un contexto cultural y teológico, siempre los hacemos desde percepciones sobre la divinidad y la condición humana que están implícitas en el que da “modo y orden” y en el que los recibe. Siempre tenemos una teología y una antropología que subyace al proceso formal de los Ejercicios. Cuando uno dice que se atiene al sólo texto de Ignacio más riesgo existe de caer en una “ingenuidad hermenéutica”. El texto de Ignacio no es neutral, supone una teología y una antropología determinada, y accedo a él desde mis percepciones sobre la condición humana y sobre Dios no siempre explícitas y tematizadas.

a) Las peticiones de la tercera semana son conflictivas, turbadoras e inquietantes

En la tercera semana pedimos “dolor, sentimiento, quebranto, confusión, lágrimas y pena interna”ⁱⁱ, a poco que queramos que las palabras signifiquen algo que tenga que ver con la realidad personal y del mundo, caeremos en la cuenta que estas peticiones son

conflictivas, cuando no turbadoras e inquietantes, en nuestro contexto cultural y teológico. Se dan auténticas dificultades para adentrarse en estas peticiones. Si en la primera semana se ha “coloquiado delante del Cristo puesto en Cruz en diálogo de misericordia” posiblemente en estas peticiones nos sigamos conmoviendo ante la Misericordia, pero si en la primera semana no nos hemos puesto delante de ese Cristo sino ante nuestro yo narcisista y ante consideraciones más o menos sociológicas sobre el pecado “estructural” del mundo, que tiene el riesgo de ser un pecado que como es de todos acababa no siendo de nadie, la tercera semana puede convertirse en un ir y venir de emotividades, bastante superficiales, que duran poco y no llevan a ninguna parte.

Si en la primera semana no se ha aguantado la mirada ante el Crucificado, difícilmente las peticiones de la tercera tendrán sentido liberador y sanante para el ejercitante, como veremos más adelante en qué sentido las tienen. No olvidemos que mirar un rostro de frente y a los ojos es de lo más difícil para los humanos, siempre el rostro del otro es inquietante, puede turbar y descolocarnos porque el rostro remite al misterio de “lo otro”. La meditación del pecado propio y del mundo sólo se puede hacer delante del Cristo puesto en Cruz, y sólo después de pedir en la segunda semana “más amarle y seguirle” y “ser recibidos debajo de su bandera” podemos pedir su “dolor y quebranto”.

b) Los ámbitos que bloquean las peticiones: miedos que nos tiranizan y esclavizan

Existen por lo menos tres ámbitos de realidad teológico-cultural que bloquean estas peticiones y por lo tanto la dinámica honda de la tercera semana, bloqueos que estarán más o menos presentes dependiendo de la ubicación socio-cultural del ejercitante y de su historia de “formación” cristiana. Vamos a considerar estos tres ámbitos, seguro que existen más de otro orden, para en la medida de lo posible colaborar en que el proceso de los Ejercicios no sea una “experiencia” más que se queden en la piel del ejercitante y no lo “quebrante” por lo menos en el sentido que el Diccionario de la Lengua Española le da en la 6ª acepción a la palabra “quebrantar”: “6. Fig. Forzar, romper, venciendo una dificultad, impedimento o estorbo que embaraza para la libertad”, porque la tercera semana es precisamente eso: caer en la cuenta que el miedo a la muerte es lo que nos hace esclavos, el miedo a “sumergirnos en las aguas” (Mc 15, 38) de nuestra propia humanidad, lanzándonos a dimensiones abismales que nuestra cultura tiene reprimidas. Vivimos atenazados por muchos miedos y en nuestra cultura hay miedos que al no abordarlos nos tiranizan y esclavizan, haciendo el juego al “orden de este mundo”.

1. El ámbito de la Compasión y no el de los dioses crueles

Acompañar a Jesús hasta la muerte supone que no podemos de ningún modo separar su muerte de su modo de vivir, y menos podemos olvidar que el acceso a Jesús siempre lo estamos haciendo desde la comunidad creyente fundada en la Pascua. Cuando esto se olvida, cuando la cruz se aísla del vivir de Jesús y del Dios al que este invoca como Padre Compasivo, esta se convierte en el altar del sacrificio cruento ofrecido a un dios cruel (“el sádico del cielo” Bloch) que necesita sufrimiento y sangre para sentirse aplacado en su ser ofendido. Es verdad que estas formulaciones hoy no funcionan tal cual, pero no podemos olvidar que una formulación nueva no cambia una práctica de siglosⁱⁱⁱ, y la práctica de la cruz, de una espiritualidad de la cruz, sigue estando introyectada como una espiritualidad sacrificial de corte anselmiano.

1.1. ¡Cuidado!, ha vuelto a aparecer el Dios cruel y violento

Lo que en el siglo XI fue liberador hoy es causa de rechazo frontal, y con razón, para la conciencia moderna y causa de relaciones con la divinidad crueles, frustrantes y resentidas. En el siglo XI S. Anselmo pudo ofrecer alivio y salvación a un pueblo cristiano, con su teoría de la satisfacción en el *Cur Deus Homo*, que se vive sin salida bajo los derechos del demonio. S. Anselmo no puede hacer teología sino es con las categorías de su momento, la teología siempre es contextual y tiene que funcionar con lo histórico disponible. Si el ofendido es el Absoluto porque se ha roto por medio del pecado el orden de la creación, y la ofensa se mide por la calidad de la persona ofendida la ofensa es infinita y absoluta y la criatura no la puede reparar. Es el derecho feudal el que esta subyaciendo a este planteamiento, no puede ser en su momento de otra manera. La ofensa tiene que ser reparada en igualdad de condiciones y de status con la persona ofendida. ¿Por qué Dios se ha hecho hombre?: para reparar la ofensa. Jesús, al ser verdadero dios y verdadero hombre, ofrece un sacrificio de expiación. Este sacrificio de expiación en cuanto que es verdadero Dios tiene un valor infinito y absoluto quedando la ofensa satisfecha. Como es verdadero hombre, uno de nosotros, se nos pueden aplicar los méritos de la satisfacción.

El pueblo cristiano vio posibilidad de salvación, de no quedar instalado en la desolación más atroz y en la sin salida... ¡pero a qué precio más cruel y violento! Es la “metafísica del verdugo” (Nietzsche), es la consideración de un dios cruel y violento que exige un sacrificio cruento, que se repite en múltiples sacrificios in-cruentos, para poder perdonar: realmente es un verdugo que tiene que infligir dolor para acreditarse ante la víctima y dominarla. La violencia de esta imagen está introyectada en muchas conciencias religiosas en la que se sigue percibiendo de una manera u otra que “lo de dios” tiene que ver con el sacrificio, la mutilación, la autoinmolación, la negación de lo humano... Ante este dios no se puede pedir dolor y quebranto, sería insano y letal para la criatura que somos, sería quedar atrapados en relaciones de dominio, sería hacerle el juego al verdugo y los verdugos, ¡no!, nuestro Dios no quiere sacrificios quiere Misericordia.

1.2. El vivir y la cruz de Jesús: un Dios implicado compasivamente

La cruz no se puede separar del vivir de Jesús el Compasivo y del Dios que invocó como Padre, Señor de cielo y tierra. En la teoría de S. Anselmo se da un déficit trinitario impresionante, sí trinitario, pues no se percibe la “locura de Amor” de un Dios que es Comunidad de Amor e implicación con sus criaturas y con la obra de sus manos. La tentación es darle la razón a Kant cuando afirma que del dogma de la Trinidad no se deriva ninguna verdad práctica y que al “discente de la facultad de teología” le es indiferente que en la trinidad haya tres, cuatro o diez personas. Por desgracia esto es verdad en muchos contextos cristianos. Si Dios no es Comunidad de Amor nuestra fe es una crueldad y una auténtica estafa, no tiene absolutamente ningún sentido, nuestra conciencia y dignidad humanas no puede soportar por mucho más tiempo dioses crueles, tribales y aterradores como han vuelto ha surgir en nuestros días en todas las confesiones monoteístas.

Si Dios no es un Dios implicado compasivamente con sus criaturas, el Dios del cielo es un cínico, no sé a qué santo viene el crear un problema para después darle solución. Otra cosa es que Dios sea, en Jesús, el recuerdo y la fuerza permanente en el camino hacia la libertad al que nos resistimos con nuestras esclavitudes y miedos, entonces el compasivo quebranta nuestras seguridades y nos abre a la Vida aunque nos duela y nos haga llorar.

1.3. Pedir dolor, lágrimas y quebranto: una petición que se nos ha hecho imposible

Sólo cuando se percibe que el Cristo roto, el cristo pobre y humilde, llega a lo que llega, Getsemaní y Gólgota, porque ha sido y es el compasivo para con los pobres y pecadores, para con nuestros pecados y nuestras pobreza, con los que ha hecho comunidad de vida y mesa, con los que ha compartido las entrañas compasivas del Dios de Israel, entonces y sólo entonces se puede pedir dolor, lágrimas y quebranto. Peticiones que van a llevar no a sentimientos auto punitivos, masoquistas y doloristas sino a adentrarnos en dimensiones humanas que están hoy necrosadas, reprimidas y, lo que es peor, se nos han hecho teológica y culturalmente de imposible acceso: la cruz de Cristo como lugar de salvación, como lugar en el que las imágenes interesadas de Dios se rompen y la mentira sobre nosotros mismos queda en evidencia. Entonces aparece el “ecce homo” en toda su verdad y crudeza.

2. El ámbito de la cruz: Posibilidad de la comunidad compasiva

J. Moltmann afirma certeramente que “el Cristo crucificado es ya un extraño en la religión burguesa del primer mundo y en su cristianismo^{iv}”. La cruz está desapareciendo en un cristianismo configurado según el “orden de este mundo”, un orden mentiroso que reprime dimensiones de la condición humana de modos descaradamente interesados porque son fuente de ingresos para los traficantes del dolor. Nos hemos incapacitado para asumir el dolor y el sufrimiento, así como suena: el dolor y el sufrimiento.

2.1. En una cultura post-anestésica el dolor y el sufrimiento no se pueden mirar de cara

En un cultura post-anestésica como la nuestra el dolor y el sufrimiento no se pueden mirar de cara, no merecen reflexión pues es de mal gusto, son asuntos puramente fisiológicos a combatir por la medicina u otros terapeutas, pero de ningún modo es conveniente hablar de ello y menos mostrarlo, expresarlo y compartirlo.^v La cruz, si no se neutraliza, es fea, es dolor, es sufrimiento y quebranto por eso no la podemos mirar ya, o lo más que puede pasar es que la mirada se diluya en una emotividad pasajera pero que no quebranta ni duele. Es verdad que nos metemos en un camino peligroso pero que no podemos evitar y tirar por atajos, vivimos una vida en la que estamos buscando continuamente atajos. La cruz me habla del sufrimiento del Santo Inocente indisolublemente unido al de los santos inocentes, de un sufrimiento que es un agujón que siempre nos estará molestando y que ningún analgésico podrá calmar, es curioso que ese día de fiesta lo hayamos convertido en día de bromas ¿por qué será?: Sospecho que porque es un recuerdo peligroso.

2.2. Tomarse en serio a las criaturas

La cruz no legitima la opresión y la injusticia ni bendice el que aumente el umbral de dolor y de muerte ante dioses insaciables, la cruz pone en evidencia a este mundo mostrando sus heridas. Por eso la teología liberal europea de principios de siglo ya intentó neutralizarla y con bastante éxito.^{vi} Cólera, pecado, juicio y cruz son palabras desterradas de muchos vocabularios “espiritualmente correctos” por demasiado antropomórficas o simplemente inoportunas por los terrores que según el apartado anterior pueden despertar, pero no podemos prescindir de ellas si es que a las criaturas de Dios y sus sufrimientos nos

las tomamos en serio. Sabiendo que “El dolor asesina la palabra” y que “El dolor es un fracaso del lenguaje^{vii}”, desde ese fracaso y esas palabras heridas tenemos que acercarnos al Jesús Compasivo que revela al Dios Comunidad de Amor aunque sea luchando con el lenguaje, prestándose al mal entendido y a la condena de lo “políticamente correcto”: la cólera es el Amor desgarrado que dice ¡basta ya!, la cólera expresa absolutamente lo contrario que la complacencia en el dolor, el Amor dolido pone en crisis (juicio), sacude y hace temblar la mentira de este mundo roto (pecado). Mantener la Cruz en el seno de una comunidad de memoria de las víctimas, lo que debe ser la comunidad cristiana, no es legitimar el dolor sino abrir las heridas que la desmemoria de este mundo cierra en falso, y como estamos viviendo ahora supuran de modos horribles.

2.3. Soportar la realidad adversa y dolorida es más digno y santo que el cinismo o el repliegue a la pura interioridad

Tenemos que estar atentos a la huida y al repliegue ante la realidad adversa y dolorida. No tenemos derecho a convertirnos en espectadores de este mundo roto sino que tenemos que estar en él para seguir curando, aliviando y soportando los “¿por qué?”. Este soportar es más digno y santo que el sarcasmo y el cinismo, o que el repliegue a la pura interioridad. Hace falta mucha fortaleza para convivir con el dolor del mundo, en su inmensa mayoría un dolor inútil. El sufrimiento de la mayoría de las criaturas es un sufrimiento inútil, absolutamente inútil, no repara nada, ni sirve nada más que para aumentar la conciencia desdichada que ha llevado en muchas tradiciones a maldecir el día que nos concibieron. Como dice E. Ocaña “¡Cuánto debe haber sufrido la especie humana para llegar a ese resentimiento!^{viii}”. Para el seguidor y seguidora del Compasivo el único modo de no caer en el resentimiento es haber experimentado el ser criaturas movidas a compasión. El sufrimiento del otro siempre es “inútil”, el único sufrimiento “útil” es mi sufrimiento por aliviar el dolor del otro (Levinas), no se trata de un juego de palabras, se trata de percibir desde nuestro vivir como criaturas que no hay mucho tiempo que perder con teodiceas del tipo que sean, están ya fracasadas, sino de entrar no en razones sino en compasiones.

2.4. La entrega de Jesús expresa su camino insobornable de fidelidad al Dios de la vida y a sus criaturas sufrientes

La cruz no quita dolor, no es un analgésico, la cruz no transforma el sufrimiento de inútil en útil, la utilidad es una categoría mundana y perversa, el dolor es el dolor y no puede rentabilizarse para otros fines, ahí está :“Si el dolor es una crueldad que el hombre tiene todo derecho de combatir, el sueño de su eliminación de la condición humana es un cebo que encuentra en la palabra que lo enuncia su único principio. El dolor no deja otra opción que reconciliarse con él^{ix}”. Reconciliarnos con el dolor supone respetarlo profundamente, el dolor no se puede utilizar para ninguna otra intención que no sea aliviarlo. Combatir el dolor es lo que hizo Jesús: “curaba todo achaque y enfermedad del pueblo” (Mt 4,23), pero aliviar el dolor sobre el que se sostenía el templo y la ley es peligroso. Por aliviar este dolor lo llaman “Belcebú”, porque este curar y aliviar pone en cuestión la violencia sacrificial del templo y desenmascara el sufrimiento provocado por el estigma de la ley. La Buena Noticia nos lleva a “una reconciliación sin segundas intenciones y sin intermedios sacrificiales”^x.

A Jesús se le cae su mundo encima porque ha socavado sus cimientos, ha desenmascarado a los ladrones y salteadores que sólo han venido a “robar, matar y perder” (Jn 10,10) y eso no se lo perdonan. “Sus heridas nos han curado”, las heridas de este Cristo quebrantado se han ido abriendo en su vivir, no sólo en el momento de su muerte. Jesús ha

tenido que pasar “trabajos, fatigas y dolores” en su vida tanto por ser “uno de tantos”, por asumir la condición humana, como por haber configurado su vida como implicación compasiva con los abatidos y sufrientes de la casa de Israel. En la tercera semana esto no se olvida: “... más antes induciendo a mí mismo a dolor, y a pena y quebranto, trayendo en memoria frecuente los trabajos, fatigas y dolores de Cristo nuestro Señor, que pasó desde punto que nació hasta el misterio de la pasión en que al presente me hallo” [206] La cruz de Jesús expresa su camino insobornable de fidelidad al Dios de la Vida y a sus criaturas sufrientes.

2.5. La tercera semana abre la posibilidad de vivir en la verdad; nuestra verdad de criaturas necesitadas y vulnerables

El Crucificado ha provocado el que podamos vislumbrar “un cielo nuevo y una tierra nueva en donde no habrá llanto ni dolor” (Ap. 21,1-4), pero ese vislumbrar lo nuevo no es una “visión beatífica” es reconciliarse con un mundo que sigue gimiendo en dolores de parto. La tercera semana da la posibilidad de adentrarse en el sufrimiento de la especie humana sin resentimientos, pero es un adentrarse que duele y quebranta, que apenas sabe de lágrimas porque la mayoría de las criaturas siguen apenadas, quebrantadas y llorosas, no es un viernes santo metafísico, sino un viernes santo real, demasiado real.

La Cruz es posibilidad de vivir en la verdad que es el único camino de libertad. La libertad cristiana no es un bello sentimiento interior apacible, la libertad es un don al que nos abrimos en la Cruz de Cristo porque nos adentramos en la “comunidad compasiva del llanto”, y nos ponemos en disposición de quebrantar nuestras convicciones ideológicas y antropológicas que impiden que aflore nuestra verdad de criaturas heridas y vulnerables: “Dolor con Cristo doloroso, quebranto con Cristo quebrantado, lágrimas y pena interna de tanta pena que el Señor pasó por mí”. Esta petición no es un juego superficial de emotividades facilonas, sino que es una petición de configuración interna con el Compasivo.

2.6. No perder memoria del Sábado Santo

“Compartiendo el llanto se comunica el dolor y se hace comunidad compasiva”^{xi}, se trata de hacer comunidad con aquellos “*que estaban llorando y haciendo duelo*” (Mc 16,10) y que a lo largo de la historia siguen llorando y haciendo duelo. El sábado santo es precisamente el momento del llanto y del hacer duelo. El jueves y el viernes santo sabemos lo que celebramos, no está tan claro que en nuestra vida tengamos asumida la dimensión del sábado santo, del día a-litúrgico. Cuando el sábado santo en la comunidad cristiana no se celebra la Eucaristía, el único día del año, es para que el silencio lo podamos llenar con nada que no sea el mismo silencio, silencio en el que aflora el llanto y el dolor compartido: “El llanto surge ante la humillación infligida por un destino prepotente que nos hiera o nos separa de lo que amamos... Se llora y se ríe en circunstancias para las que no hay respuesta, pues nos fallan las razones”^{xii} El sábado santo no es día de razones, el sábado santo de la vida no se llena con razones, se llena con lágrimas compartidas.

El sábado santo de la vida nos lleva a la persuasión que no podemos ser tan pretenciosos de querer ver el significado de todo lo que vivimos al mismo tiempo que lo vivimos, muchas veces tendrán que pasar muchos años para poder ver el rostro del Dios vivo en situaciones vividas de dolor y quebranto, y muchas veces tendremos que empezar a entender que no podemos pretender llegar al último día con todos los interrogantes resueltos. Saber vivir en este tono vital es a lo que nos invita el sábado santo. ¿No será que

el silencio del sábado santo supone el derecho de Dios a callar?, ¿Qué Dios no tiene derecho aguardar silencio?, ¿Quiénes somos nosotros para exigir a Dios que nos esté hablando continuamente? El silencio de Dios hay que respetarlo, si a Dios le duele la muerte de sus fieles (Sal 116,15):¿el Padre no estará haciendo duelo por su Hijo y por sus criaturas? Si no oramos desde ese silencio es que no nos hemos adentrado en el amor compasivo. Qué pena que al Dios Comunidad de Amor le neguemos lo más humano que sus criaturas tenemos: el poder hacer comunidad compasiva compartiendo el llanto y el duelo. La tercera semana quebranta modos de vivir lo cristiano, en esta cultura nuestra, tan anodinos, vacíos de vida y narcisistas, que se convierte en una semana de auténtico quebranto liberador.

3. El ámbito de la lucidez sobre la condición humana

Los cristianos ante el dolor de los otros, ante el dolor del mundo, nos sentimos normalmente movidos a compasión, y ¿con nuestro propio dolor sabemos qué hacer? Jesús va a la muerte como consecuencia de su modo de vivir, pero Jesús también muere porque ha asumido la finitud de la condición humana. No podemos conmovernos ante el dolor del Compasivo sino dejamos que afloren nuestros propios dolores y quebrantos, nuestros miedos y nuestras vulnerabilidades.

En la primera semana se experimenta que somos “barro” y que el Padre se acuerda de que lo somos (Sal 102). Nuestro Dios es alfarero no un dios escultor, lo que pasa es que tendemos a olvidar nuestro ser barro porque nuestra cultura nos dice que tenemos que ser impenetrables y de una pieza, el barro es muy frágil, demasiado frágil, y por eso tendemos a hacernos de piedra, hombres y mujeres lo más “integrados” posible, que no se quebranten ni se conmuevan demasiado porque esto es debilidad y no estamos para debilidades. Es curioso como siguen operando imágenes de Dios no ya crueles como hemos visto, sino imágenes de un dios garante de hombres y mujeres bellos, sanos, sin fisuras, contenidos, que controlan la realidad, que le marcan su ritmo a la vida, que no lloran ni rien demasiado, que no se alteran... en fin incapaces de palpitar con la vida. La tercera semana conmueve todo planeamiento apacible. La muerte de Séneca no es la muerte del Cristo.

3.1. Getsemaní: Poner la vida en esos lugares en que nuestra cultura nos lo impide

En la tercera semana ponemos en Getsemaní nuestros fracasos y nuestras soledades, y ponemos en el Gólgota nuestras enfermedades y nuestra muerte. Este poner la vida en esos lugares nuestra cultura nos lo impide porque niega, no quiere ver, dimensiones de la condición humana fuente de dolor y sufrimiento que no se pueden reprimir sino que hay que dejarlas aflorar. Nos estamos incapacitando para el sufrimiento y eso es grave: “Abolir la facultad de sufrir sería abolir la condición humana. La fantasía de una supresión radical del dolor gracias a los progresos de la medicina es una imaginación de muerte, un sueño de omnipotencia que desemboca en la indiferencia a la vida”^{xiii}. Esta afirmación hecha desde la antropología da que pensar, vivimos en una cultura analgésica que nos incapacita para asumir dimensiones que están ahí, pero por el hecho de no querer verlas no quiere decir que desaparezcan.

Lo que se reprime vuelve aflorar y lo que “no debe ser de ninguna manera” hay que extirparlo, por eso nuestra cultura está haciendo auténtico negocio diciéndonos que la soledad hay que llenarla, que la enfermedad no hay asumirla de ningún modo, que la

frustración es porque somos demasiado utópicos y que la muerte siempre es la de los otros. Nos estamos incapacitando para la vida.

3.2. En Getsemaní se empieza a vislumbrar todo con ojos nuevos: “La gracia está en el fondo de la pena”

En Getsemaní todos lo abandonaron y huyeron, el Compasivo se queda en radical soledad, no interesa a nadie, esta soledad vital le provoca una angustia de muerte, lo sacude y lo quebranta. Adentrarse en nuestro propio Getsemaní es abordar nuestra radical soledad aunque nos produzca vértigo y nos llene de angustia, hay que mirar el túnel de frente y entrar en él, al entrar se cortan amarras y cordones umbilicales, cual rito de iniciación se experimenta el horror al vacío y que te envuelven “redes de muerte y te alcanzan los lazos del abismo”, entonces se invoca al que te puede sustentar y sales del túnel con una soledad habitada, con el sentimiento de una presencia, con la vida arraigada en el único que es fuente de vida y libertad, se empieza a ver todo con ojos nuevos, el sufrimiento y la angustia han revertido en Vida.

En Getsemaní Jesús experimenta junto al abandono el fracaso, todo se diluye, se le cae su mundo encima. Adentrarse en nuestro propio fracaso es percibir como a lo largo de la vida se nos diluyen tantos proyectos que hemos hecho desde nuestros mejores y más nobles deseos, como se rompen a trozos situaciones en las que hemos experimentado el sentido, como la realidad es resistente y mostrenca y nunca va al ritmo de los deseos más sinceros, esto deja muy mal “sabor de boca”, deja heridas, pero en ese dejarse jirones de vida se va percibiendo como dejamos de ser depredadores y descubrimos que estamos llamados a aceptar que “somos invitados a la vida” (G. Steiner) y que cuando se acepta esa invitación, en gratuidad, la misma vida se convierte en la casa en que uno puede habitar sin agresividades, sin cargarnos con la losa pesada de creer que el sentido lo damos nosotros, que el Reino lo fabricamos nosotros.

El “yo” y el “mí” se deshinchon y se va aceptando con mayor cordialidad y gratuidad que somos “chispas de la creación”, que nos toca redimir la parcela de la creación que se nos ha encomendado y que la compasión solidaria se teje con mucha humildad, sin prepotencia y descubriendo que la tarea es consecuencia del don. Sin abrirnos al don la tarea siempre es agresiva y lucha sorda de competencias y de primeros puestos. Los discípulos de Jesús, antes de la Pascua, mientras Jesús les va anunciando su entrega se dedican a competir: “– ¿De qué discutíais por el camino? Ellos callaban, pues por el camino habían discutido quién era el más grande... El que acoge a un niño como éste por causa mía, me acoge a mí... y acoge al que me ha enviado” (Mc 9,36-37) Es un alivio descubrir que lo importante delante del Dios de la Vida no está en nosotros, ni en nuestros planes, ni proyectos, ni planificaciones, ni en nuestras coherencias, fidelidades y perfecciones, no está en nuestros montajes sino que está en los pequeños.

Esta depuración, este cambio de percepción, este ver el mundo al revés no es lirismo ni es una pirueta puramente interior, es un proceso doloroso porque el yo tiene que quebrantarse, tiene que perderse, tiene que diluirse, y toda pérdida provoca duelo y el duelo por el propio “amor querer e interés” perdidos, para que nuestros amores querer e intereses sean los del Reino, es de los más difíciles de elaborar.

3.3. El problema es si somos capaces de aguantar el sufrimiento o nos estamos haciendo espantosamente inhumanos

En el Gólgota ponemos también nuestras enfermedades, lo que pasa es que en nuestra

cultura las enfermedades sólo las ponemos ya en manos de médicos y han perdido su dimensión inherente a la condición humana: “Hoy, la modernidad transforma la relación de cada actor con su salud en un asunto puramente médico, para numerosos usuarios el dolor ha perdido todo significado moral o cultural; encarna el espanto, lo innombrable. El umbral de la tolerancia decrece a medida que los productos analgésicos se vulgarizan... El dolor es en la actualidad un sin sentido absoluto, una tortura total”^{xiv}.

Volvemos a encontrarnos en un terreno peligroso, claro que hay que combatir el dolor y la enfermedad pero el problema es si por lo menos somos capaces de orar desde nuestras precariedades, si somos capaces de sufrir o nos estamos haciendo espantosamente inhumanos. Hemos confundido los planos al entrar en una dinámica antropológica que desliga la afección del mal, la afección es el desorden fisiológico y el mal la repercusión social del mal, toda enfermedad genera un mal, un sufrimiento moral. Este sufrimiento ya casi nadie cree que tenga algún sentido, ya no se mira, ni se acoge ni se tiene en cuenta, es lo que no debe ser de ninguna manera, no estamos hablando del sufrimiento del “otro” sino del propio.

Al sufrimiento propio hay que hacerle sitio: “Sufrir es sentir la precariedad de la propia condición personal, en estado puro, sin poder movilizar otras defensas que las técnicas o la morales. No obstante, aunque parezca al hombre el acontecimiento más extraño, el más opuesto a su conciencia, aquel que junto a la muerte le parece el más irreducible, es sin embargo el signo de su humanidad”^{xv}. Aunque resulte feo y “políticamente incorrecto”, aunque se pueda prestar a mal entendidos tenemos que volvernos a decir que la primera responsabilidad es aliviar el sufrimiento del otro, luchar contra el sufrimiento generado por la injusticia en los últimos y ninguneados, pero tenemos que asumir la vulnerabilidad que supone el sufrimiento propio, el dejarse ayudar y aliviar es más difícil que aliviar a los otros. Mientras me siento aliviando a otros me siento útil, estoy dando, estoy activo, pero dejarse ayudar asumiendo las propias pasividades nos hace sumergirnos en unos niveles de humanidad que nos abren a ver la vida desde otro ángulo, desde otra perspectiva. Jesús en el Gólgota expreso una profunda vulnerabilidad : “Tengo sed”. ¡Sin comentarios!

3.4. El miedo a la muerte produce esclavos

En el Gólgota dando un fuerte grito Jesús expiró. La muerte en nuestra cultura ha desaparecido del escenario cotidiano, ya no existe. La muerte es lejana o virtual, siempre es la de los otros, nunca cuento con que pueda ser la mía. Volvemos a un tema feo y tabú, para mucha gente profundamente desagradable y que ya no se quiere mirar de cara. Dice la carta a los Hebreos que el miedo a la muerte produce esclavos (Hb 2,15), esclavos ante un dios Amo con el que hay que pasarse la vida negociando la existencia porque esta no se vive como don gratuito, y esclavos del propio yo que se ha hinchado hasta niveles insoportables. Cuando en la tercera semana a pie de cruz se considera en el silencio compasivo la posibilidad de desaparecer se empieza a percibir “un no se qué que queda balbuciendo” y que nos va llevando a intuir que en el fondo de la pena está la gracia, que la vida empieza a emerger allá donde el mundo solo ve fracaso y muerte, y ese “no se qué” que balbucea va preparando al ejercitante, en los ejercicios y en la vida, para experimentar los santísimos efectos de la Pascua. Pascua que no es un “final feliz” que anula la tercera semana sino la posibilidad de vivir la vida desde la VIDA.

La tercera semana de ejercicios al contemplar la pasión y muerte del Cristo, en toda su crudeza, lleva a ahondar en la condición humana, a descubrir

dimensiones de nuestra propia humanidad que en esta cultura mentirosa se mutilan y se reprimen de tal manera que nos podemos incapacitar para ser portadores y portadoras de Buena Noticia, y nos pueden llevar a creer que aliviar sufrimiento en este mundo es un asunto de pura analgesia, cuando de lo que se trata es de la implicación compasiva en ese territorio tan humano y tan divino en el que nuestras razones, conceptos, doctrinas y morales fracasan: La locura y la necesidad de un Dios Comunidad implicado en el sufrimiento de sus criaturas. Sólo desde esta implicación la Pascua abre al futuro y se percibe que la muerte no multiplica por cero la Vida.

LA ÚLTIMA CENA [EE 190-198]

Javier Melloni, sj.

La Última Cena está situada al comienzo de la Tercera Semana [190-198], a modo de umbral o de pórtico. Detengámonos un momento en el significado de esta ubicación.

En primer lugar, la Eucaristía tiene relación directa con la ofrenda de la Elección, que es cómo culmina la Segunda Semana que se acaba de concluir. Es decir, la elección hecha por parte del ejercitante y la elección de Cristo de entregarse hasta el extremo expresada en la Eucaristía (Jn 13,1) es lo que marca el pasaje, el tránsito, de la Segunda a la Tercera Semana.

En segundo lugar, yendo un poco más hacia atrás, se puede establecer un paralelismo entre los Tres Anuncios de la Pasión que preparan la donación suprema de Jesús en Jerusalén y los Tres Grados de Humildad que preparan la Elección del ejercitante. La pista que nos hace caer en la cuenta de la importancia de ese camino hacia Jerusalén nos la sugiere el mismo texto de los Ejercicios, donde se lee: “considerar el camino desde Betania a Jerusalén, si ancho, si angosto, si llano, etc.” [192]. Es decir, el ejercitante se acerca a Jerusalén –lugar del despojo– por el camino de los grados de humildad. Se puede establecer una correspondencia entre los anuncios de la Pasión y cada uno de los grados ignacianos de este desprendimiento:

| | |
|---|---|
| <i>1. Mc 8,31: Escándalo de Pedro (vv. 32-33) - Tomar la Cruz (vv. 34-38) y perder la propia vida.</i> | <i>PRIMER GRADO DE HUMILDAD [165] — Obediencia a la “ley”: aunque me hicieran Señor, no cometer pecado mortal, es decir, renuncia a toda forma de pulsión de apropiación.</i> |
| <i>2. Mc 9,30-32: Discusiones entre los discípulos (33-34); ser el último: Dios identificado como un niño: Identificación Niño-Cristo-Dios Padre (vv.35-37) (ver también Mc 10, 13-16).</i> | <i>SEGUNDO GRADO DE HUMILDAD [166] — Ni pobreza ni riqueza, ni honor, ni deshonor. Es el camino de la libertad. No al pecado venial (finura del amor, a liberarse de las adherencias del yo).</i> |
| <i>3. Mc 10, 32-34: Descarada petición de favoritismo y de poder (vv.35-40). Respuesta de servicio total (vv.41-45).</i> | <i>TERCER GRADO DE HUMILDAD [167] — Imitación de Cristo: pobre, humillado, “ser tenido y estimado por vano y loco de este mundo”.</i> |

Podríamos decir que la diferencia entre la llegada a Jerusalén por parte de los discípulos y la llegada a la elección por parte del ejercitante es que si bien aquéllos pensaban en que se acercaban a la ciudad para conquistarle su poder, el ejercitante va teniendo conciencia de que la elección va a ser el lugar de su ofrecimiento.

De aquí que, en el recorrido de los Ejercicios, el ejercitante sea introducido en la Pasión después de haber hecho la elección: para prepararse y disponerse al despojo que toda donación de sí comporta. Y de aquí también que la Eucaristía esté en su pórtico:

como la concentración simbólica y sacramental de ese despojo. Podemos decir que la Eucaristía es la Elección consciente de Cristo, la cual ha ido preparando a lo largo de toda su vida: “Nadie me arrebató la vida; soy yo quien la entrego” (Jn 10,18).

En este sentido, la elección que acaba de hacer el ejercitante se adentra en la elección de Cristo, participa de ella y recibe de ella su impulso para alcanzar el máximo de su expresión, que será la entrega total de la Cruz. Tratemos de desmenuzar algunas de las dimensiones e implicaciones de lo que podríamos llamar la elección crística de la Eucaristía.

1. La dimensión sociológica: el lavatorio de pies

El Evangelio de Juan sustituye la institución de la Eucaristía por el Lavatorio de los pies (Jn 13,1-20). Audaz innovación que dirige el gesto eucarístico hacia la revolución de las relaciones humanas, al corazón de la dialéctica Amo-Esclavo. El poder para dominar que tiene el Señor se convierte en capacidad para servir al Esclavo, alterando así las relaciones humanas establecidas: la autoridad no se ejerce sometiendo, sino posibilitando que el otro “sea”, y para posibilitarlo, renuncia a sí misma, en lugar de imponerse. El descendimiento del Señor a los pies del Siervo transforma el estatus de la esclavitud (“el siervo no sabe qué hace su amo” (Jn 15,15)) en fraternidad (“no os llamo siervos, sino amigos” (Jn 15,15)). De este modo, se muestra el verdadero señorío de Jesús: la posibilidad de restituir la igualdad entre los seres humanos a través de la sobreabundancia de un amor que se vierte sin reservas, perdiéndose, hacia el que no tiene. La reacción de Pedro expresa bien el escándalo que esto produce, porque Jesús revela que la autoridad – ser Señor– es un servicio, no una dominación. Con este gesto, el Evangelio desvela una imagen nueva de Dios: un Dios Todopoderoso que justificaría cualquier forma de dominación en el plano humano queda radicalmente deslegitimada, a la vez que deslegitima cualquier expresión de poder y sometimiento entre los humanos.

De este modo, este gesto de servicio y despojo de Aquél que es “Señor” confirma y reafirma al ejercitante a considerar sus cualidades y capacidades como vehículos de servicio, no de poder o de manipulación.

2. Dimensión antropocósmica: el pan y el vino

Retomando ahora el relato de los Sinópticos, encontramos que el simbolismo del pan partido contiene la misma significación anterior: el Señor roto, partido, permite la horizontalidad de la fraternidad.

La fecundidad de tal partición nos pone en contacto con las leyes de la vida y del cosmos: “Si el grano de trigo no muere, queda solo, pero si muere, produce fruto y fruto en abundancia; el que ama su vida la pierde; el que la pierde, la gana” (Jn 12,24-25). Tales son las paradojas del Reino, y el Reino no es más que la transparentación de las leyes de la Vida, devueltas a su estado de diafanía e inocencia primordiales. Porque no hay más Vida que la que procede de Dios, y la Vida procede precisamente de la donación de Dios, no de la retención. Cuando la vida se vive sin retenerla, entonces se expande: un solo trozo de pan se multiplica, sin perder nada de su sustancia original. Porque esta partición no es división, sino que es plenitud de presencia en cada uno de los fragmentos entregados.

Aquí cabe la pregunta sobre nuestro modo de darnos o de entregarnos: nuestra manera de vivir la misión o el servicio, ¿nos reparte o nos divide? Porque hay un modo auténtico de darse, que nos expande, mientras que existen otros modos inauténticos, no discernidos, que nos deshacen. Darse unificadamente, no fragmentada ni dislocadamente, es el difícil arte del amor, del amor apasionado pero sereno, que brota de la acción de gracias (“tomó un pan, te dio gracias y te bendijo”) y no de la autoexigencia, ni de la exigencia ni de la compulsión a servir.

Pero todavía hay algo más: nos acercamos a la Eucaristía como devoradores, mientras que salimos como donadores. En el cosmos no-transfigurado, prima la necesidad, y la necesidad nos autocentra: el instinto de supervivencia nos hace estar pendientes de satisfacer nuestras carencias, y esto es lo que nos convierte en depredadores. El Pan ofrecido en la Eucaristía nos recoge en este estadio, en esta hambre primordial, pero una vez convocados, vamos siendo transformados por Él (su Cuerpo entra en nuestro cuerpo para que nuestro cuerpo entre en su Cuerpo), de manera que al concluir la Eucaristía, salimos al mundo como ese Pan que se ofrece y se extiende a través nuestro.

3. Dimensión escatológica de la donación

Estas transformaciones muestran la fecundidad del Amor. Y en último término, la fecundidad de la Pasión. Porque es sólo después de ella que Jesús dice a María Magdalena: “Vete a mis hermanos y diles: ‘Voy a subir a mi Padre que es vuestro Padre, a mi Dios, que es vuestro Dios’” (Jn 20,17). Es el único lugar en los Evangelios en el que Jesús nos llama sus “hermanos”^{xvi}. Se nos da, pues, “algo más” que antes de la Pasión. Y ello porque Jesús muere radicalmente a su “yo” para alcanzar y posibilitar la radical fraternidad, la participación plena en su divinidad. Se da, pues, una progresión de SIERVO a AMIGO (las palabras dichas por Jesús antes de la Pasión, Jn 15,15), y de AMIGO a HERMANO. Tres estadios que, de alguna manera, también se podrían poner en correspondencia con las Tres maneras de humildad: la obediencia a la ley del primer grado (EE 165) nos sitúa como siervos; el estado de libertad y de indiferencia (EE 166) nos sitúa como amigos; y la identificación con su locura (EE 167) nos sitúa como hermanos. Por otro lado, este “subir al Padre” hemos visto que es un “bajar” radical. Cristo revela que Dios es una “capacidad infinita de abajamiento”. Ante el umbral de este abismo es donde nos coloca Ignacio al proponer como comienzo de Tercera Semana la contemplación de la Eucaristía.

LA TERCERA SEMANA DE EJERCICIOS

Darío Mollà, sj.

1. Talante contemplativo de la tercera semana de ejercicios

Los Ejercicios Espirituales de San Ignacio tienen como finalidad generar en el ejercitante una dinámica espiritual y vital que le lleve a “*vencer a sí mismo y ordenar la vida*” [EE 21], eligiendo y asumiendo las decisiones necesarias para ello. Dicho de otro modo, los Ejercicios pretenden transformaciones concretas y palpables en la vida. Pero lo más característico, y lo más atrevido, de la propuesta ignaciana es que ese proceso de ordenación y transformación de la propia vida se realiza “*juntamente contemplando*” [EE 135]^{xvii}: para “ordenar la vida” la contemplación de la persona del Jesús histórico tiene en los Ejercicios un papel absolutamente decisivo.

Ignacio de Loyola está convencido, a partir de la reflexión sobre su propia experiencia, que nada es tan transformador para la persona como la identificación afectiva con alguien o con algo. Y, en consecuencia, nada transformará y ordenará tanto nuestra vida en la dirección de la voluntad de Dios como la identificación afectiva con Jesús, voluntad de Dios encarnada en el mundo. Se trata, pues, de crecer en identificación con Jesús por contemplación de su persona. Así se expresa de modo magistral en el n° 104 de los Ejercicios, con el que se inician, al comienzo de la Segunda Semana, las contemplaciones de la vida del Señor: “*demandar lo que quiero; será aquí demandar conocimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga*”. El “seguir” real deriva de un movimiento afectivo de identificación amorosa, posibilitado por el conocimiento interno.

En el contexto de esta convicción ignaciana, y en la dinámica contemplativa que de ella deriva, se incluye lo que llamamos Tercera Semana: números 190 a 217 y 289 a 298 de los Ejercicios. Se trata, también en estas contemplaciones, de “*más conocer al Verbo eterno encarnado, para más le servir y seguir*” [EE 130]. Este es el objetivo básico de la Tercera Semana de Ejercicios. El conocimiento transformador de Jesús tiene que “conocer” también necesariamente “*los trabajos, fatigas y dolores de Cristo nuestro Señor*” [EE 206], como necesidad ineludible para ser pleno y auténtico, y para generar un seguimiento que sea verdadero. Esta contemplación directa de los misterios de la Pasión del Señor, y no otro tipo de reflexiones o consideraciones más o menos derivadas de dichos misterios, son lo básico en la Tercera Semana tal como Ignacio la concibe y plantea.

En esa contemplación del Señor en su Pasión, contemplación que en su hondura nos va identificando cotidiana y naturalmente con El, Ignacio insiste de modo particular en hacernos ver la pasividad de Jesús a quien “*le llevan valle abajo y después cuesta arriba*” [EE 201]. La pretensión ignaciana al hacernos contemplar esa pasividad, y otros aspectos de la Pasión, no es que saquemos consecuencias “morales” de esa mirada, sino que la propia fuerza interna de la contemplación nos ayude a crecer en identificación con el Señor, para “ser puestos” con El en nuestra vida cotidiana de seguimiento. Lo expresa, de modo muy profundo, una de las peticiones de Tercera Semana: “*dolor con Cristo doloroso, quebranto con Cristo quebrantado*” [EE 203]. Dolor y quebranto “con”; no “por”.

Los autores que subrayan el elemento de “elección” en los Ejercicios, la importancia que tiene en ellos la toma concreta de decisiones, hablan de la Tercera y la Cuarta Semanas como tiempo de “confirmación” de la elección tomada. Manteniéndome al margen de polémicas al respecto, sí que quiero señalar que, en cualquier caso, esa “confirmación” es, si se me permite la expresión, una confirmación por “comunidad”: una experiencia interior por la que, en la contemplación de los misterios de la Pascua del Señor, experimento que mi decisión es confirmada, o me voy sintiendo acompañado y confortado en las renunciaciones que ella supone. No es la afirmación, más o menos voluntarista, más o menos inconsciente o soberbia, de que “yo seré capaz” (Mateo 20, 22), sino la constatación, sorprendente y gratuita, de que nos va siendo dada la gracia de acompañar al Señor, también en la cruz que su seguimiento conlleva^{xviii}. Desde la paz, desde el agradecimiento, desde la más profunda humildad... La confirmación ignaciana no es otra cosa que lo que el mismo Ignacio recibió, tras muchos años de humilde e intensa petición, en la Storta romana: “sentía que Dios Padre le ponía con su Hijo”. La “confirmación” en Ejercicios está siempre necesitada de “confirmación” en el camino de la vida.

2. “Acentos ignacianos” en la contemplación de tercera semana

Los números 195 a 197 de los Ejercicios expresan tres acentos característicos en la presentación ignaciana de la Pasión del Señor: “*lo que Cristo nuestro Señor padece en la humanidad o quiere padecer*” [EE 195]; “*cómo la Divinidad se esconde*” [EE 196]; “*cómo todo esto padece por mis pecados*” [EE 197]. Más adelante, y en este mismo cuaderno, Toni Catalá y Javier Melloni nos harán caer en la cuenta de la hondura teológica de estos planteamientos. Mi pretensión ahora es mucho más simple: poner de manifiesto las “llamadas” que para nuestro seguimiento cotidiano del Señor se derivan de estos puntos ignacianos de consideración contemplativa de la Pasión de Jesús.

2.1. “Lo que Cristo nuestro Señor padece en la humanidad”

Jesús padece en el contexto del padecimiento de la humanidad, como ser plenamente humano que ha querido ser. La pasión y la cruz son consecuencias últimas del movimiento identificador de la encarnación, y del modo concreto escogido por Dios para la redención. Jesús carga con la condición humana y asume su destino, por eso sufre y muere. Jesús se toma en serio su humanidad: no quiere una humanidad “tramposa”, no juega a ser hombre; tampoco quiere privilegios. “Quiere” padecer porque quiere identificarse con todo el ser humano y con todo ser humano.

La contemplación de todo ello nos llama a aceptar también nosotros todo el “peso” de nuestra humanidad, sin búsqueda de exenciones o privilegios; y a aceptar de modo particular nuestras pasividades y disminuciones. Es la contemplación de la Pasión del Señor, y la interiorización de lo contemplado, lo que más que nada nos puede ayudar a ello. Es necesario que sepamos situar nuestro padecimiento en el contexto del de Cristo^{xix}, y a hacer de nuestro sufrimiento una experiencia de solidaridad con la humanidad sufriente.

Jesús padece al asumir una forma concreta de humanidad, “en la humanidad” que escoge. Para Ignacio la Pasión comienza ya en el Nacimiento: EE 116 y 206. Es el Jesús

“pobre y humilde”: el del Rey Eternal [EE 95], el de las Dos Banderas [EE 146-147], el de la Tercera Manera de Humildad [EE 167], que va por delante y nos precede. La Pasión de Jesús es la culminación de una manera de asumir la condición humana y de entender la vida, que llevan por este camino y no por otro...

La contemplación se convierte en una llamada al realismo en nuestro camino de seguimiento, a asumir las consecuencias de la manera de entender la vida y de vivir de Jesús. Una llamada a “permanecer” en el camino, y a asumir los costos de la auténtica solidaridad con Jesús y con los pobres, que nunca es inocua o barata.

Jesús “quiere padecer” porque está dispuesto a llegar hasta las últimas consecuencias en su apuesta por la humanidad: no quiere bajar de la cruz. La apuesta de Dios por la humanidad, encarnada en la Cruz de Jesús, es apuesta hasta el extremo, no se desdice de sí misma en el momento del sufrimiento, llega hasta el final...

Somos llamados, en la contemplación de esa entrega, antes que nada al agradecimiento: por un amor tan sin límite y sin medida, tan incondicional, tan inmerecido... Y llamados también a, desde ese agradecimiento, una entrega sin límite y sin reserva y a mantener nuestra apuesta por Dios y sus criaturas, por Jesús y su evangelio, hasta el final: a mantenernos en ella, cuando, por tantas razones, parece una apuesta a fondo perdido.

2.2. “... cómo la Divinidad se esconde...”

En la propuesta que Ignacio hace para contemplar la Pasión de Jesús la Divinidad se esconde renunciando a su “omnipotencia”: *“podría destruir a sus enemigos y no lo hace”* [EE 196], y en su lugar aparece la impotencia, la debilidad, la vulnerabilidad del Amor... La omnipotencia se oculta en la humanidad dejada padecer, pero es ésta la que revela la fuerza del amor y de la misericordia de Dios.

En la contemplación de ese misterio somos invitados a cuestionar y someter a crítica las imágenes y proyecciones que nos hacemos de Dios y a replantearnos con honestidad nuestras búsquedas de Dios: ¿no estamos muchas veces buscando fuera de los lugares donde El se ha querido hacer presente?, ¿no serán falsos tantos hallazgos “facilonos” de un Dios “que se esconde”?, ¿no tendremos que valorar de otro modo el “escondimiento” de Dios en nuestra sociedad?

Y también somos llamados, desde la contemplación de la Pasión de Jesús según san Ignacio, a rezar y vivir desde la “impotencia” de Dios nuestras propias “impotencias” y nuestras pretensiones de omnipotencia, y a ser mucho más radicales en no confundir éxito y sentido, fracaso y sinsentido. ¿Qué “gloria” buscamos?: la “gloria” de Dios no es otra que la entrega amorosa del Hijo.

2.3. “... cómo todo esto padece por mis pecados...”

El escondimiento de la Divinidad y el padecimiento de la Humanidad de Jesús es “por mis pecados”: a causa de ellos, y para salvarme de ellos. En la contemplación de la Pasión del Señor descubrimos el pecado como rechazo al amor y a la entrega de Jesús, y también su ilimitada capacidad de generar sufrimiento y muerte, de ocultar a Dios. ¡Descubro también que soy uno de esos enemigos a los que la Divinidad hubiera podido destruir y no lo ha hecho!

Estas contemplaciones nos pueden ayudar a redimir de narcisismo el dolor por nuestros pecados y a “cristificarlo”: por amor a Cristo me duele el pecado: *“pena interna de tanta pena que Cristo pasó por mí”* [EE 203]. Nos pueden abrir a la comprensión de lo

absurdo y destructivo que es rechazar el amor y vivir fuera de su lógica. No nos permiten ingenuidades sobre nuestras posibilidades de generar sufrimiento en otros.

Desde la comunión contemplativa con el Señor que *“por mis pecados va a la Pasión”* [EE 193], podemos ir aspirando a que, cada vez más, nuestro dolor y nuestro quebranto sean, de verdad, el dolor y el quebranto de Cristo [EE 203, 206]: ver rechazado al Padre y sentir el sufrimiento de la humanidad. Y sólo de esta profunda comunión contemplativa con Cristo en el “padecer” puede brotar un “hacer” corredentor.

4. Los “frutos” de la contemplación de tercera semana

Una buena experiencia de Tercera Semana de Ejercicios puede ayudar mucho a los cristianos y cristianas de hoy en su vida cotidiana de seguimiento de Jesús y de entrega a los hombres. Destacaré sólo algunas de esas “ayudas” que creo enormemente valiosas y necesarias.

Nos puede ayudar a “**sostener**” la mirada a los crucificados, mirada tan difícil como necesaria... “Mirar al traspasado” (Juan 19, 37) sigue siendo imprescindible para “conocer internamente” cosas fundamentales en nuestra experiencia humana y cristiana, cosas que sólo nos son dadas en esa mirada: el sentido cristiano del perdón, la fuente de una esperanza que merezca el nombre de tal, la paz del abandono en las manos del Padre.

La contemplación de Tercera Semana es lo que más que ninguna otra cosa nos ayudará a “**permanecer**” en tanta pasión y tanta pasividad como encontramos alrededor y como nos proporciona la vida... Nos librá de impacencias con la realidad y con nosotros mismos, de mesianismos fáciles y decepciones cargadas de rencor, nos librá de ser esclavos del éxito y nos hará descubrir que “perder” y “fracasar” es humano y divino. Aprenderemos vitalmente que quizá, o seguramente, estaremos más cerca de Jesús en la impotencia que en la omnipotencia o la prepotencia.

También en estas contemplaciones somos ayudados para, verdaderamente, “**agradecer**”, y hacer así que nuestro seguimiento brote desde la fuente más pura y más sanante: el agradecimiento. Contemplando estos misterios aprendemos que la entrega es el modo divino y cristiano de amar: *“en grandísima señal de su amor diciendo: Tomad y comed”* [EE 289], y que sólo en la propia y total entrega el amor llega a plenitud y verdad. Alcanzamos a conocer que porque Alguien se entregó podemos amar, y sólo nuestra entrega genera capacidad de amor.

Finalmente, la contemplación de la Tercera Semana ayuda a “**clarificar**” el sentido auténtico de la gloria de Dios. La “gloria” del Dios de Jesús no es nuestra “vana-gloria” barata y triunfal, sino ser capaz de amar con esa entrega (Juan 17). Esta clarificación nos resulta imprescindible para purificar búsquedas personales e institucionales de otras glorias que no son cristianas, que no son la “gloria de Dios”, sino, dicho en el sentido más literal, nuestras “vanaglorias”. nuestras glorias “vacías”.

EL SILENCIO DEL SÁBADO SANTO: SILENCIO DE DIOS TRANSFORMADO EN “SOLEDAD SONORA”

Javier Melloni, sj.

En primer lugar, hay que considerar el Sábado Santo como un tiempo de duelo: después del dolor intenso del Viernes Santo se da paso a un dolor silencioso, contenido, como la tierra se va empapando hasta sus entrañas del agua caída en chaparrón sobre la superficie. Hay que saber acoger este silencio sordo, que marca el tránsito entre dos intensidades: el Viernes de dolor y el Domingo de resurrección.

Dos son los acentos que los Ejercicios subrayan en esta jornada: la escisión de la muerte y el descendimiento a los Infiernos.

1. La muerte como escisión

Leemos en el texto de San Ignacio: “Considerar todo aquel día cómo el cuerpo sacratísimo de Cristo nuestro Señor quedó desatado y apartado del ánima”[EE,208,10] y un poco más adelante se lee: “La historia es aquí cómo, después que Cristo espiró en la Cruz y el cuerpo quedó separado del ánima y con él siempre unida la divinidad” [219]. Es el P.Kolvenbach el que hace caer en la cuenta de esta curiosa insistencia en la escisión del cuerpo y del alma de Cristo como resultado de la muerte.^{xx} Es decir, los efectos de la muerte son los de desgarrar, separando aquello que está llamado a estar unido. El cuerpo y el alma son dos principios constituyentes de nuestra existencia: el cuerpo como principio denso, que da forma y concreción a la realidad que somos, mientras que el alma sería el principio dinámico, que pone vida y movimiento a eso mismo que somos. Esta escisión fundamental provocada por la muerte nos puede hacer caer en la cuenta de otras escisiones derivadas de ella:

Hay muerte cuando se produce una distancia excesiva entre nuestros proyectos y sus realizaciones, entre nuestras ideas y nuestros actos; hay muerte en nosotros cuando acumulamos conocimiento sin que ello nos lleve a la sabiduría; hay muerte en nuestra cultura en esas escisiones entre el cultivo de la técnica y el olvido del rostro humano, entre la saturación de información y el bloqueo de la comunicación, entre el consumo compulsivo y la atrofia del sabor. Considerar todas estas separaciones ayuda a descubrirse en la atmósfera opresiva del Sábado Santo, ante el cuerpo inerte de Cristo escindido de su alma. El cuerpo en el sepulcro, y el alma en los Infiernos, según la Teología tradicional, presente aún en nuestro Credo. Veamos este segundo aspecto explicitado en los Ejercicios.

2. El descendimiento a los infiernos

“La ánima beata descendió al infierno, asimismo unida con la divinidad; de donde sacando las ánimas justas y viniendo al sepulcro, y resucitado,...” [219].

La teología occidental, fruto de nuestra cultura racionalista, apenas ha sabido explicitar el contenido de este episodio, a excepción tal vez de Von Balthasar, influenciado por las experiencias místicas de Adrien von Speyr.^{xxi} Sin embargo en la Iglesia de Oriente hay toda una teología sobre este descendimiento de Cristo a los Infiernos. Se halla particularmente reflejada en los Iconos, bajo el tema de la *anástasis*: la visita de Jesús a los Infiernos es lo que posibilita el rescate de Adán y Eva. Este descendimiento subraya que

nada queda al margen de la redención, sino que Cristo alcanza hasta la raíz del pecado y de la muerte, unificando y restituyendo lo que había quedado separado: el cuerpo y el alma, la masculinidad y la femineidad,... restaurando así al Ser humano integral. No en vano la Tradición creía que el Gólgota (“la calavera”) había sido el lugar de la tumba de Adán.^{xxii} El Nuevo Adán muere donde murió el primero, para que ambos se hagan uno en la resurrección. Lo que ha sucedido en la superficie de la tierra el Viernes Santo, sucede en las profundidades del Infierno el Sábado Santo para que el Domingo de Resurrección sean rescatados ambos acontecimientos.

Así pues, la fuerza teológica de este descendimiento tiene consecuencias antropológicas. Dicho de otro modo, para transformar las Sombras (las propias y las de la Historia) hay que llegar hasta su raíz, hasta el extremo de la separación (respecto de Dios) y de la escisión (desintegración interna).

Pero además de estos dos aspectos explicitados por San Ignacio, podemos añadir alguna reflexión en torno a la importancia del Sábado Santo.

3. La capacidad transformante de la “noche”

En todo camino espiritual hay que pasar por la “noche”, por la “ausencia”, para crecer. Es inevitable experimentar durante algún tiempo alguna forma desconcertante de sentir la presencia–ausencia de Dios, que permita transformar nuestra imagen de Dios. Dicho de otro modo, para pasar de los “ídolos” al “Icono” hay que atravesar la Noche, el Silencio. Un Silencio entendido como otra forma de presencia de Dios: “Dios está ahí, Dios está presente; pero no está ahí, si se puede decir, más que para sentir su ausencia, una necesidad infinitamente más necesaria que la vida y que está radicalmente fuera de su alcance, como si se le escapase, como si jugase con la sed que ha encendido”^{xxiii}.

Atravesada la prueba de esa “ausencia”, somos llevados a Otra Orilla, en la que nuestra relación con Dios ha resultado purificada y ahondada. De hecho, en la Tradición Espiritual hay dos formas de “noche”: una muy dura y amarga, la primera, y otra, cálida y enamorada. Así describe la primera San Juan de la Cruz:

“Sombra de muerte y gemidos de muerte y dolores del infierno siente el alma muy a lo vivo, que consiste en sentirse sin Dios y castigada y arrojada e indigna de él, y que está enojado, que todo se siente aquí; y más, que le parece que es ya para siempre” (*Noche Oscura*, II, 6,2)

En estas líneas aparecen los temas que hemos visto propios del Sábado Santo: “sombra”, “gemidos”, “dolores del infierno”, lejanía, separación, olvido,... Tal es el clima que hemos descrito de este día de duelo. Son las mismas pautas que San Ignacio da para considerar en esta jornada: “Considerar la soledad de nuestra Señora, con tanto dolor y fatiga; después, por otra parte, la de los discípulos” [208,11]. Esta terrible Noche Oscura corresponde a un ineludible estadio espiritual, como duro pero inevitable pasaje hacia la Luz del Domingo. Sólo atravesando la prueba, la Noche Amarga se transforma en Noche Amable:

“¡Oh Noche que guiaste!
¡Oh Noche amable más que la alborada!
¡Oh Noche que juntaste
Amado con amada,
amada en el Amado transformada!” (Poema *Noche Oscura*, 5).

Dicho de otro modo, para que haya una nueva revelación de Dios, debe haber “interrupción”, silencio, de la antigua. Si no, sólo hay repetición o confusión con la propia palabra. Ello explica la necesaria discontinuidad entre la presencia humana de Jesús antes de la Pasión y su nuevo modo de presencia a partir del Domingo de resurrección. Es el blanco de la hoja sobre el que pueden emerger palabras nuevas. Dice así el *Tao Te King*:

“Treinta radios convergen en el medio pero es el vacío que hay entre ellos lo que permite que el carro marche.
Se trabaja para hacer vasijas, pero es el vacío interno del que depende su uso.
Una casa está agujereada de puertas y ventanas, pero sigue siendo el vacío quien permite que se habite.
El Ser da unas posibilidades, y es por el no-ser que se las utiliza”^{xxiv}.

El Sábado Santo representa este Vacío posibilitador, ese espacio en blanco que podrá permitir la manifestación del Resucitado. Dicho todavía de otro modo, el Sábado Santo no es el mutismo de Dios, sino su Silencio, es decir, la acción oculta de Dios desplegada en el tiempo: muerte y resurrección son simultáneas en el presente de Dios, pero en el devenir humano sólo pueden ser sucesivas.

4. Conclusiones

A través de paso por la Tercera Semana se produce una transformación de nuestra imagen de Dios: de la Divinidad como poder o imposición a la Divinidad como entrega o posibilitación. En este sentido, no es que “la Divinidad se esconda”, sino que lo que sucede es que nuestra imagen de la Divinidad se transforma radicalmente: no como un Ser Omnipotente que desconoce el dolor, sino como Amor Vulnerable y vulnerado expuesto sin límites en la intemperie de la historia humana.

Para que aparezca la verdadera –o, al menos, un poco más verdadera– imagen de Dios, ha de producirse una radical interrupción de la antigua. Sin esa discontinuidad, la nueva aparición sería una simple reaparición, mientras que la revelación de Cristo resucitado no es la simple vuelta del Jesús anterior a su muerte. No sólo es Jesús el que ha muerto y resucitado, sino que también los discípulos y las mujeres han muerto a una imagen de Dios y de Jesús para abrirse a otra nueva dimensión y comprensión de su Misterio.

La experiencia de Resurrección sólo se da cuando se ha pasado por la Noche de la Pasión. Sólo se puede acceder a la Cuarta Semana a través de la Tercera. En la vida de cada uno esto no se da de una vez para siempre, sino que vamos pasando varias veces por estas Pascuas, que nos van despojando de nuestras imágenes inauténticas de Dios y nos van acercando un poco más a la verdadera.

NOTAS

ⁱ David Le Breton, *Antropología del dolor*, Seix Barral, Barcelona, p. 270.

ⁱⁱ [193] 3º *preámbulo*. El tercero, demandar lo que quiero: será aquí dolor, sentimiento y confusión, porque por mis pecados va al señor a la pasión.

[203] 3º *preámbulo*. El tercero es demandar lo que quiero, lo cual es propio de demandar en la pasión, dolor con Christo doloroso, quebranto con Christo quebrantado, lágrimas pena interna de tanta pena que Cristo pasó por mí.

ⁱⁱⁱ “Y es que no faltan teólogos que, llevados de una creencia rayana en la superstición infantil de la omnipotencia de la mente, piensan que uno puede desembarazarse sin más de una herencia de siglos con un par de formulas novedosas; como si se tratara de borrar de la pizarra una fórmula incorrecta. Y así pasa lo que pasa: que uno se encuentra con los mismos perros con distintos collares” E. Drewermann, *Clérigos. Funcionarios de Dios. Psicodrama de un ideal*, Trotta, Madrid, p. 618.

^{iv} J. Moltmann. *El camino de Jesucristo*, Sígueme, Salamanca, p. 101.

^v “No hay dolor sin sufrimiento, es decir, sin significado afectivo que traduzca el desplazamiento de un fenómeno fisiológico al centro de la conciencia moral del individuo” David Le Breton. *op. cit.*, p. 12

^{vi} En expresión de R.Niebuhr en el liberalismo teológico da la impresión que “Un Dios sin cólera conducía a un hombre sin pecado hacia un reino sin juicio por la mediación de un Cristo sin cruz”. Citado en el W.Pannenberg. *Teología y Reino de Dios*, Sígueme, Salamanca, p. 99.

^{vii} David Le Breton, *op. cit.*, p. 43-44.

^{viii} “Pero ni siquiera existe unanimidad sobre la inocencia del útero: cierta tradición vio en ese primer refugio el origen del mal radical, y desalojó la alegría de cualquier solar que no fuera la patria de los no nacidos, allí donde se alborozan miríadas de inexistentes por no ser reclutados, en leva de masa, a las milicias de la vida. ¡Cuánto debe haber sufrido la especie humana para llegar a ese resentimiento! En esa negación radical del valor de la vida se insinúa la inhospitalidad de un mundo organizado como colonia penitenciaria. Cuando el dolor es extremo y humillante, la gratitud del viviente, tiende a convertirse en amarga herida... Tan anodino es el hombre que no padece como grave el que jamás se alegra” Enrique Ocaña, *Sobre el dolor*, PRE-TEXTOS, Valencia, p. 271

^{ix} David Le Breton, *op. cit.*, pp 208-209

^x René Girard, “*El misterio de nuestro mundo. Claves para una interpretación antropológica*”, Ed. Sígueme, Salamanca, 1982, p. 215

^{xi} Enrique Ocaña, *op. cit.*, p. 140

^{xii} *op. cit.*, p. 191

^{xiii} David Le Breton, *op. cit.*, p. 208

^{xiv} *op.cit.*, p. 202

^{xv} *op. cit.*, p. 208

^{xvi} A excepción del pasaje en el que, cuando su madre y sus hermanos le buscaban, Jesús les responde: “Mi madre y mis hermanos son los que hacen la voluntad de mi Padre” (Mt 12,49-50).

^{xvii} “... comenzaremos, juntamente contemplando su vida, a investigar y a demandar en qué vida o estado de nosotros se quiere servir su divina majestad” [EE 135].

^{xviii} “... será para los que mi Padre tiene designados” (Mateo 20, 23).

^{xix} Ver el Himno de vísperas del Viernes de la Semana I del tiempo ordinario: “En esta tarde, Cristo del Calvario...”.

^{xx} Cf. PETER-HANS KOLVENBACH, Decir... al “Indecible”, Col. Manresa 20, Ed. Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander, 1999, cap.7, Cristo descendió al Infierno, pp.104-106.

^{xxi} Para una introducción de esta mística: HANS URS VON BALTHASAR, *Adrien von Speyr. Vida y misión teológica*, Ed. Encuentro, Madrid 1986.

^{xxii} Véase el comentario de GASTON FESSARD sobre esta cuestión en: *La dialectique des Exercices*, Vol.II, Aubier, Paris 1966, pp.83-86.

^{xxiii} Citado por PETER-HANS KOLVENBACH, Op. Cit., p.107.

^{xxiv} LAO TSE, *Tao Te King*, Poema XI, Libros Río Nuevo, Ed.29, Barcelona 1989, p. 25.

© *Cristianisme i Justicia* – Roger de Llúria 13 – 08010 Barcelona
T: 93 317 23 38 – Fax: 93 317 10 94
espinal@redestb.es - www.fespinal.com